

La chica de negro

La chica de negro

Italia, invierno 2017

Autora: Maia Muñoz
Diseño portada: Carlos Bruto
© Brutobooks

El libro que están a punto de leer es una transcripción revisada y escasamente ampliada de los apuntes que tomé a propósito de mi visita a Italia durante ocho días de invierno de dos mil diecisiete.

Aunque en principio la idea de tomar notas fue sobre todo un modo de expresar el viaje y de recrearme en sus particularidades, pronto la relectura de las mismas me persuadió de reunir las y publicarlas como un relato al mismo tiempo elemental y soberano que a veces me recuerda a una guía turística de andar por casa.

Málaga, 15 de enero de 2017.

Tengo poco más de treinta años y es la primera vez que voy a viajar sola al extranjero. Mis mejores y más numerosos viajes normalmente se desarrollan en el pequeño país de mi mente, siempre necesitado de abrir sus fronteras a la ilusión de otras realidades.

Me apetece viajar sin Laura ni Elena por varios motivos. Uno de ellos, tal vez el más importante, es conocerme un poco más, lo que a primera vista resulta paradójico, algo así como huir de mí misma para llegar a mí misma, solución cuanto menos sospechosa, reveladora de mi confusa naturaleza.

Soy consciente del impulso romántico que me embarga y que en parte proviene del deseo de emular a esos héroes de papel que han convertido al peregrino en un idílico arquetipo, todo hay que decirlo, normalmente masculino. Consciente de que el hecho de quedarme sin trabajo lo ha precipitado todo. Convencida de que, a la postre, sobre todo han sido Laura y el finiquito los que me han empujado a tomar la decisión.

Salir de mi ámbito cotidiano y escapar de la autoridad de los estímulos de costumbre renovará mi experiencia y me permitirá

conocer(me) desde un punto de vista más amplio, más completo, me facultará para conocer(me) desde otra óptica, me ayudará a relativizar lo que suponía inmutable. Las comparaciones, además de ser a menudo odiosas, forman parte de un mecanismo psicológico normalmente enriquecedor. Eso es lo que ocurre cuando leemos y nos introducimos en un mundo nuevo y emocionante, regalados con el inmenso privilegio de adoptar parte del punto de vista de otra persona, un milagro al alcance de todos que seguiré admirando mientras duren las palabras.

En nuestros tiempos viajar es una solución mucho más cómoda y accesible. Las facilidades que nos dan la Red y sus fabulosos usuarios para planificar un viaje son conmovedoras además de útiles. El tráfico de información puede ser un gran negocio para muchas empresas y también un chollo para todos nosotros.

Hay viajes para todo tipo de bolsillos, incluso para los vacíos. Gracias al desarrollo actual de los medios de transporte es posible llegar a casi todos los rincones del planeta contando tan solo con tiempo y ganas (y el dinero suficiente).

Si todo sale como he previsto, pronto estaré en Italia, una de las cunas de la Civilización Occidental, depósito vivo de uno de los tesoros arqueológicos más ricos de la Tierra.

He dedicado tres tardes a planificar lo esencial del viaje: asunción de prioridades, aviones, hosteles, B&B, trenes..., teniendo a menudo en cuenta los horarios de las principales atracciones turísticas para no

encontrarme con sorpresas desagradables, un proceso que desde el puente de mando de mi escritorio he vivido como una pequeña aventura digital.

El diseño de la ruta puede ser muy variado, así que me he dejado llevar un poco sin poder evitar la mala conciencia de considerar que ocho días no son suficientes, sufriendo prematuramente esa incómoda sensación de falta de tiempo del ansioso turista, pésima compañera de viaje.

La ruta elegida incluye fundamentalmente tres ciudades: Roma, Florencia y Venecia (nunca mejor dicho: un clásico), pasando también por Nápoles para alcanzar las ruinas de la antigua Pompeya. Ocho noches para dos milenios de historia; veinte mil palabras para ocho días de vida.

No es casual que el itinerario coincida con parte del famoso Grand Tour que tradicionalmente disfrutaban los jóvenes más pudientes de media Europa como complemento de su educación y crecimiento. La primera referencia a la expresión Grand Tour corresponde al viajero y jesuita francés Richard Lassels en su *Viaje a Italia* publicado en Inglaterra en 1670, un Grand Tour que el autor recomendaba a los *young lords* para obtener beneficios intelectuales, sociales, políticos y éticos. Un viaje que curiosamente Felipe II llegó a prohibir a los hombres del Reino de España y que, según algunas fuentes consultadas, tuvo su auge en los siglos XVIII y XIX, aunque yo pienso que en el XX y en lo que llevamos de XXI el promedio de viajeros amoldados al espíritu del Grand Tour ha ido creciendo década a década (de todas formas una gran minoría de los turistas) y afortunadamente ahora no solo son hombres jóvenes y ricos quienes viajan sino personas de toda clase.

En el siglo XVIII se educaba a las niñas para que no reconocieran la erudición entre sus posibles valores. La cultura era coto masculino y el hecho de que una mujer tuviera ideas propias se consideraba incorrecto y ridículo, así que desde muy temprana edad las jóvenes no tenían intención de identificarse con esa pedagógica y masculina peripecia del Gran Tour.

Pocas mujeres se embarcaron en semejante viaje y aún menos escribieron sus impresiones, no eran más que acompañantes o simples observadoras y a menudo no podían entrar en determinados monasterios o contemplar desnudos masculinos. He aquí dos raros ejemplos, el primero de Lady Lyttelton a finales de siglo XVIII y el segundo de Charlotte Eatton, en los que dos mujeres relatan su visita al Panteón de Roma en el siglo XIX:

“...En lo que respecta al famoso torso, no puedo pretender afirmar que poseo los conocimientos suficientes como para ser sensible a sus encantos. Un tronco sin cabeza, sin brazos o sin piernas me resulta un objeto horroroso; pero no dudo de que posea todas las bellezas y perfecciones que le atribuyen los anticuarios y los expertos. Los músculos están tan fuertemente marcados que estoy obligada a pensar que debió tratarse de una estatua de Hércules; y lo que hace de esta conjetura algo muy probable es el hecho de que descansa sobre la piel de un león...”

“...Dieciocho siglos han dejado sus huellas -y más que nada- su suciedad tras ellos; lo peor de todo, sin duda, es contemplar el asqueroso estado en el que se conserva; y si me hubieran permitido entrar con mi mopa herética, habría sentido un gran placer fregándolo a mi costa y casi con mis propias manos; y devolviendo a sus columnas de mármol y a sus paredes y a su pavimento una porción no poco considerable de su antigua lozanía y lustre. Es inconcebible la restauración que puede llegar a realizarse con tan solo jabón y agua. Es un hecho lamentable el que nunca se haya limpiado desde que se convirtió en lugar de adoración cristiana. Los católicos parecen creer que en la mugre se halla una gran santidad...”

No obstante poco a poco las mujeres fueron liberándose de las severas limitaciones que les impuso el muy vivo machismo de su tiempo y finalmente, aunque la lucha continúe, dejaron constancia por escrito de sus enriquecedores puntos de vista. Quiero considerarme una humilde y lejana

heredera de su inteligencia y coraje, una prolongación de su mente y de sus manos para seguir luchando contra el despiadado patriarcado capitalista que nos gobierna.

Una buena parte de mí se la debo a ellas.

Málaga, 16 de enero de 2017.

Me planteo e intento profundizar en la historia y el presente de las ciudades que visitaré y, como esperaba, compruebo que la oferta informativa es abrumadora. Me doy perfecta cuenta de que en los diez días que faltan para iniciar el viaje, solo tendré tiempo de echar un escasísimo vistazo a la vasta bibliografía disponible.

Hago una burda, rápida y tal vez pésima selección de textos y los cargo en mi libro electrónico, uno de mis indiscutibles compañeros de viaje.

Frente a la incalculable riqueza de la cultura mediterránea, lamento lo efímero de mi existencia y los estrechos límites de mi memoria.

Málaga, 17 de enero de 2017.

Sigo dedicada a la ilusión del viaje, casi minuto a minuto, con el permiso de mis demás obligaciones, que ahora no son muchas. Desde que inicié los preparativos me siento más viva y reconsidero las viejas y las nuevas penas sin sufrimiento. La inquietud que siento por ser otra española que engrosa la larga lista del desempleo, se suma a mis recurrentes y molestas preocupaciones de siempre formando una patética masa emocional que afortunadamente se diluye enseguida en la indiferencia o en estimaciones más o menos agradables. ¿Para qué sirve un viaje si no es para procurar una vida mejor?

Estoy contenta de alejarme de mi vida.

Sufro, o más bien disfruto de una versión casera, escuálida y prematura (quedan todavía seis días para despegar) del síndrome de Sthendal, descrito por primera vez por el famoso escritor francés tras su visita a la Iglesia de Santa María de Croce en Florencia. Yo no quiero tener agobios ni vértigos ni palpitaciones, mi propósito es alcanzar desde hoy y durante todo el viaje una gran familia de recuerdos que forme parte de mí como una de esas viejas y grandes columnas que se mantiene en pie tozudamente.

Málaga, 19 de enero de 2017.

De vez en cuando tengo ganas de contar a Laura o a Elena algunas de mis impresiones sobre el viaje y sus preparativos. Detalles curiosos, interesantes o simplemente graciosos, algunos seguro que estúpidos, todos ilusionantes, pero no quiero resultar pedante o presuntuosa y la mayoría de las veces me callo. Es la misma historia de siempre, hay que saber hablar a tiempo y no dar el coñazo a los demás, lo que normalmente abre la puerta para que los demás te lo den a ti.

Percibo que hay alguna reticencia sobre la conveniencia de viajar en este preciso momento pero no hablo de ello.

Málaga, 21 de enero de 2017.

Es alucinante considerar que el latín vulgar, proveniente de un latín arcaico que se habló hace tres milenios en la región del Lacio, seguramente protagonista de la fundación de la ciudad eterna en el siglo VIII antes de nuestra era, es el origen del castellano. Ambas lenguas forman parte de un colosal ser vivo que no deja de evolucionar. Es justo afirmar que la lengua que hablaron los últimos romanos de la península ibérica, deudora a su vez de muchas otras lenguas madre, como el griego o el etrusco, fue ya entonces contenido y continente de nuestro carácter y nuestra identidad. Desde ese punto de vista el viaje se convierte en un retorno a mis raíces, un regreso al vientre de mi cultura madre. La idea se corresponde con la imagen de un árbol formidable y frondoso que tiene una larga y diminuta rama, con un ojo en el extremo, que se retuerce y se introduce en la tierra para contemplar cómo se disponen y se organizan los cimientos de los que todo el árbol se nutre y que a la postre le dan su aplomo.

Creo que merece la pena dedicar un poco del escaso tiempo de que dispongo a la Roma literaria, tanto a la antigua como a la moderna y a la contemporánea. Casi todos abusamos del turismo arquitectónico, pictórico y escultórico, seguro que del gastronómico, en detrimento de una eventual expedición literaria.

He visitado a mis padres en Granada. Mi madre se ha quedado alucinada cuando le he contado que me iba sola a Italia. No ha podido disimular su envidia e incluso me ha dicho que a la vuelta organice para mi padre y ella un viaje parecido. Antes de despedirse me ha mirado muy seriamente y me ha pedido que tenga mucho cuidado. En su cara se mezclaban el amor, el orgullo y el temor.

Hacía mucho tiempo que Laura y yo no follábamos así, sin duda gracias al viaje. Me ha chupado el coño de la misma forma que lo hacía cuando nos conocimos, como si tuviera hambre de mi alma. Me maravilla cómo un pequeño cambio puede conducir a resultados extraordinarios y también me pregunto por la naturaleza de nuestra memoria, materia de nuestra identidad: ¿Cómo la enorme energía emocional de una noche de amor y pasión irrepetibles termina por convertirse en un recuerdo prácticamente sin sentimiento? ¿Qué somos? ¿Una huella muy borrosa de nosotros mismos? ¿Y si nuestra memoria fuese mucho más deficiente?

Málaga, 22 de enero de 2017.

Parece que quieren apuntarse al viaje algunos virus que han conquistado mi garganta. Faltan cuatro días para volar hacia Roma y la epidemia de invierno ha tocado un año más a mi puerta. A los jodidos bichitos invisibles les importa una mierda que yo quiera viajar sola, sin compañeros, por muy pequeños que sean, y pretenden aprovechar la oportunidad de volar hasta Italia para colonizar las gargantas de los italianos y con suerte invadir algún día la mucosa del mismísimo Papa y acceder a las puertas del cielo o a las partes más duras de Dios.

Dice Pierre Grimal en su libro “*La Civilización Romana*” que la *civitas* romana se ensanchó en *civitas* humana (Humanidad), un concepto importado de los estoicos griegos que adquirió en Roma una eficacia y una importancia manifiestas, y que contribuyó al éxito de Roma tanto como la idea o el sentimiento *fides* (“buena fe”) entre sus ciudadanos.

Prácticamente solo he pensado en visitar la Roma ruinoso, lo que queda de la Roma clásica, la imperial o la republicana, pero ¿qué pasa con la Roma viva, la Roma actual? Para conocerla se requiere más valentía, una buena dosis de inteligencia emocional para mezclarse con la gente, entenderla y empatizar con ella, escuchar sus opiniones, conocer sus costumbres y pensamientos. Es obvio que desde este punto de vista

también existen innumerables Romas muy bien trabadas unas con otras.

Sería interesante practicar el que podríamos llamar turismo de cercanía, una actividad que fomentaría el conocimiento de otras realidades de nuestra cotidianidad, de nuestra propia ciudad, un turismo que exigiría y alentaría el permanente deseo de conocer, el constante acercamiento inteligente y trascendente a lo que, y a quien, nos rodea. En esencia el turismo ideal.

Málaga, 23 de enero de 2017.

He ido esta mañana al médico porque me sentía peor pero no he encontrado ningún médico sino un recetador. Al llegar a la salita de espera y preguntar quién era el último, solo me ha respondido una chica preciosa, muy morena, con la cara muy fina y ojerosa, con la que no me habría importado convalecer en cama durante unos días. Con la debida sumisión le he preguntado al oráculo de la bata blanca si mi enfermedad era de origen bacteriano o vírico y me ha respondido con evasivas. Después de pensarlo mucho he decidido no tomar los antibióticos que me ha recetado, ni tampoco el mucolítico, normalmente recomendado para la bronquitis. No tengo mocos, solo me duele la garganta, en la que, con ayuda del espejo, no he visto placas. Si fuera ciudadana de la Roma clásica supondría que la gripe que me aqueja es un evidente mal augurio.

La Historia de la Humanidad está empapada de sangre y toda esa sangre y sus nefastas consecuencias se han coagulado en nuestros corazones e impregnan nuestras costumbres. Es parte de nuestra herencia pero afortunadamente cada vez más individuos tienen la oportunidad de redimir a la especie. Pertenezco a una generación privilegiada que no ha conocido en primera persona la guerra y he de utilizar ese privilegio con sabiduría, sin olvidar el potencial destructivo de nuestra naturaleza, la fuerza autodestructiva de nuestra civilización, y nunca dejar de blandir la poderosa arma de una educación cívica crecientemente sensible.

Para cualquier persona, especialmente para nosotras las mujeres, vivir en la antigua Roma sería demasiado impactante, muy duro. Sus costumbres nos parecerían francamente salvajes, brutales, y aunque en varios sentidos la Civilización romana es el germen de muchos de los beneficios de nuestra cultura, sus virtudes se presentarían en un estado tan elemental que no compensarían la repugnancia que nos provocaría la ingenuidad, la barbarie y la crueldad de muchas de sus conductas, así como la corrupción o la extendida injusticia de su plutocracia, mucho más patente que la nuestra.

Vencer la enfermedad ha sido y es uno de los deseos más profundos y universales de la Humanidad. Las diferentes enfermedades, según su gravedad, producen muy diversas reacciones y ante todas, en la medida de lo posible, es necesario mantener un buen ánimo que no contribuya a deprimir el sistema inmunitario. La terapia del buen humor es importante pero no es fácil. A quienes les resulte complicado, no ha de parecerles imposible pues no se consigue de un día para otro, hay que planificar el tratamiento desde mucho antes de caer enfermo, rodearse de los mejores placebos. Si nuestro maravilloso sistema inmunitario y nuestra milagrosa medicina velan por nosotros, pongamos de nuestra parte y no dejemos que la enfermedad nos hunda. Y en ello estoy, intentando conjurar el enfado y el pesimismo provocado por esta gripe a tres días de la partida, dispuesta si es preciso a invocar a Júpiter o a votar a Esculapio.

Málaga, 24 de enero de 2017.

Estoy guardando mucho reposo y bebiendo agua constantemente. He pasado una mala noche y me he levantado con una tos seca que no me deja tranquila. No puedo creer que a tan solo dos días de iniciar el viaje esté echa una mierda. Intento no pensar en la enfermedad ni considerar mi mala suerte e incluso en un alarde de audacia me convengo de que el destino o los dioses o la madre que los parió me han favorecido al impedir que la enfermedad me sorprenda en Italia.

Me hubiese gustado leer mucho más antes de salir hacia Roma pero todo ha sido muy precipitado, máxime con la gripe de última hora. Es importante, además de inevitable, enriquecer nuestra mirada con la de quienes nos precedieron, tanto como disfrutar de nuestra propia perspectiva de las cosas y fundar nuestra propia opinión.

Esta vez la cultura gastronómica, por razones obvias una de mis aficiones preferidas en los viajes, va a tener poco protagonismo pues dado mi presupuesto he decidido no pisar un *ristorante*. Me alimentaré de historias y de arte y si es preciso regresaré en estado ruinoso.

Cuando vivía en Roma, James Joyce escribió lo siguiente: “Roma

me recuerda a un hombre que se gana la vida exhibiendo a los viajeros el cadáver de su abuela”, y yo me pregunto qué destino puede tener una ciudad consagrada a tal fin, como la mía, y no puedo evitar pensar que, salvando las distancias, tanto Málaga como Roma son capitales que no pueden librarse del ancla de su pasado, del lastre de sus iglesias, de sus tradiciones anacrónicas, dogmáticas y estúpidas, y de los rancios conceptos que cobijan, encarnados con orgullo en las mentalidades más conservadoras, limitantes y limitadas. ¿Por qué admirar una iglesia con todo el mal que representa? ¿Por qué dejarnos seducir con su arte soberbio y su magnificencia?

Málaga, 25 de enero de 2017.

Hoy la tos ha desaparecido milagrosamente, los bichos han emigrado a mis fosas nasales donde seguramente han encontrado un trabajo a su medida. La congestión es bestial y solo una hora después de levantarme he gastado un paquete de clínex. Laura se ríe por no llorar y me cuida. Ella posee el instinto de cuidar que a mí me falta. Elena no se acerca a mí. No ha querido que estudiemos juntas el examen de Lengua para no contagiarse. Una de las preguntas que más me hago es cuánto tardaré en echarlas de menos.

Mañana cojo el vuelo a Roma y es sabido que los cambios de presión del avión pueden afectar a los oídos taponados de los mocosos. Bebo agua sin parar para limpiar muy bien mis tuberías. Hace tiempo, durante un descenso al aeropuerto de Barcelona, sufrí un intenso dolor de oídos y no quiero que se repita. De tanta agua que estoy tomando estoy segura de que competiré con la Fontana di Trevi.

Tirada en el sillón de casa, mientras manan hilos de agua de mi nariz, leo el libro *Un otoño en Roma* de Javier Reverte, un consumado viajero y escritor que pasó tres meses en la ciudad eterna para precisamente escribir ese libro, invitado por su amigo el director de la Academia Española de Roma, una institución cultural dependiente del Ministerio de

Asuntos Exteriores situada en el Gianicolo del Trastevere, en los antiguos claustros del monasterio de San Pietro in Montorio, en los que también se alza un bello templete de Bramante. Ya me gustaría a mí alojarme durante tres meses en esa Academia para escribir un libro pero me tengo que conformar, y me conformo, con mi viaje de ocho días, que seguramente no será tan glamuroso ni tan interesante como el suyo pero que también participará de la literatura sin atufar al típico amiguismo español. El libro de Reverte es ameno, rico en anécdotas y plagado de extractos de textos de escritores famosos y no tan famosos sobre Roma, un trabajo encomiable y envidiable que me hace preguntarme por la razón de escribir. Y al intentar dar una respuesta tengo más o menos claro que siempre hay más de diez razones interconectadas y la que más me interesa ahora mismo es la que mantiene que la principal utilidad de la literatura es desarrollar nuevas ideas, abrir la mente, el tiempo y el espacio, con la ayuda de la varita mágica del bolígrafo o el teclado. En esta ocasión dejo las teclas en casa y me llevo una adorable libreta virgen y mis queridos post-it.

Mientras esto escribo, al levantar la mirada veo tres resplandecientes estelas de sendos aviones en un cielo crepuscular que pierde poco a poco su color azul. Desde la ventana de casa veo a menudo aviones, seguramente cargados de turistas, pequeños y lejanos objetos voladores que hoy siento más cerca porque mi mente interpreta el mundo a su conveniencia.

Cuando al cabo de unos minutos vuelvo a mirar el cielo, las estelas han desaparecido y pienso que la vida es un permanente viaje que no podemos detener temporalmente sino solo para siempre.

Alea iacta est, la suerte está echada.